

# «Entre dos mundos». Las relaciones diplomáticas hispano-musulmanas durante la Edad Moderna: una breve síntesis

MIGUEL FERNANDO GÓMEZ VOZMEDIANO  
Universidad Carlos III de Madrid

JOSÉ ANTONIO MARTÍNEZ TORRES\*  
UNED (Madrid)

«Between two Worlds». The hispanic-muslim diplomatic relations in the Early Modern Age. A short synthesis

## RESUMEN

*Resumen: El presente artículo se ocupa, de forma breve y sintética, de una serie de contactos diplomáticos protagonizados durante la Edad Moderna por intermediarios (mercaderes, rescatadores de cautivos, renegados...) que trabajaban al servicio de la Monarquía hispánica y de los gobiernos que conforman el actual Magreb.*

## PALABRAS CLAVE:

*Monarquía Hispánica / Islam Mediterráneo / relaciones diplomáticas / Edad Moderna*

## ABSTRACT

*The present article briefly analyses a serie of diplomatic contacts carried out by intermediaries (merchants, redeemers of captives, renegades...) serving the Spanish Monarchy and the North Africa governments all along the Early Modern Age.*

## KEYWORDS:

*Spanish Monarchy / Mediterranean Islam / Diplomatic relationships / Early Modern Age.*

---

\* Universidad Carlos III. Facultad de Humanidades, Comunicación y Documentación. Depto. Humanidades: Historia, Geografía y Arte. C/ Madrid, 12. 28093 – Getafe (Madrid); e-mail: mfgvozme@hum.uc3m.es.

UNED. Facultad de Geografía e Historia. Depto. Historia Moderna. Senda del Rey, 7. 28040 – Madrid; jamtorres@geo.uned.es.

Durante la Edad Moderna, las fronteras, a pesar de que en muchos casos estaban firmemente delimitadas, eran fluidas, permeables y multidireccionales, y más aún para aquellas personas que tenían «identidades múltiples»<sup>1</sup>. Ya se trataba de judíos, moriscos, renegados o exiliados que ejercían de emisarios, espías y rescatadores de prisioneros al servicio de la Monarquía hispánica o de los gobiernos del Islam mediterráneo y asiático, lo cierto es que muchos de ellos realizaron un encomiable uso de sus vidas a caballo «entre dos mundos» para acercar, en la medida en que era posible, a las civilizaciones cristiana y musulmana, enfrentadas en suelo hispano desde el mismo momento en que las tropas bereberes dirigidas por Tariq y Muza decidieron invadirlo entre los años 711 y 714<sup>2</sup>.

Las páginas que siguen, elaboradas gracias a la consulta de una serie de importantes e inéditos documentos sobre las relaciones hispano-musulmanas que se conservan en los depósitos del Archivo General de Simancas, el Archivo Histórico Nacional y la Biblioteca Nacional de Madrid, se ocupan, de forma breve y sintética, de algunos de estos intentos de acercamiento llevados a cabo por ambas civilizaciones durante la Edad Moderna. Aunque nos hemos centrado en exclusiva en los contactos diplomáticos establecidos entre la Monarquía hispánica y los territorios que conformaban la Berbería de ayer y el Magreb actual, no hemos perdido de vista el contexto político y militar en el que se gestaron<sup>3</sup>.

## 1. LA EXPANSIÓN HISPANA EN EL NORTE DE ÁFRICA

La Berbería que aparecía dibujaba en los mapas que circularon por las principales Cortes del Renacimiento europeo era considerada por los reyes hispanos una prolongación natural de la Península Ibérica, una tierra a reconquistar una vez que hubiese caído el reino nazarí de Granada<sup>4</sup>. Desde el punto de vista político, esta Berbería islamizada desde el siglo VIII era un intrincado mosaico de territorios controlados a duras penas por una serie de dinastías (Hafsíes de Túnez, Abdewadíes y Zianíes en Tremecén, Wattasíes en Marruecos) que echaban en falta una clara línea de sucesión de padres a hijos<sup>5</sup>.

Los primeros hitos de la expansión hispana en el norte de África se remontan a 1449, cuando Juan II de Castilla (1407-1454) decide conceder al duque de Me-

<sup>1</sup> Mercedes GARCÍA-ARENAL (dir.), *Conversions islamiques. Identités religieuses en Islam méditerranéen*, Maisonneuve&Larousse, París, 2001.

<sup>2</sup> Eduardo MANZANO MORENO, *Conquistadores, emires y califas. Los omeyas y la formación de Al-Andalus*, Crítica, Barcelona, 2006.

<sup>3</sup> Mercedes GARCÍA-ARENAL y Miguel Ángel BUNES IBARRA, *Los españoles y el norte de África, siglos XV-XVIII*, MAPFRE, Madrid, 1992; Juan Bautista VILAR y Ramón LOURIDO, *Relaciones entre España y el Magreb, siglos XVII y XVIII*, MAPFRE, Madrid, 1992.

<sup>4</sup> Julia MONTENEGRO y Arcadio del CASTILLO, «De Monteagudo a Tordesillas: Las aspiraciones castellanas en el norte de África y el problema de sus derechos históricos de conquista», *Revista de Ciencias Históricas*, 14, (1999), pp. 125-145.

<sup>5</sup> Jamil M. ABUN-NASR, *A history of the Magrib*, Cambridge University Press, Cambridge, 1971.

dina Sidonia los derechos de conquista de la costa marroquí frente a las islas Canarias. Unos años más tarde, Enrique IV (1454-1474) hará lo propio, aunque esta vez la empresa expansionista recaerá en don Diego García de Herrera, conquistador del archipiélago canario<sup>6</sup>. Salvo las Canarias y alguna que otra factoría comercial testimonial diseminada a lo largo de la fachada occidental de Marruecos, el reino de Fez, que era el verdadero objetivo y motor de todas estas expediciones norteafricanas, quedó fuera de la órbita castellana y pasó a la portuguesa con la firma del célebre Tratado de Alcaçovas-Toledo (1479-1480)<sup>7</sup>. Isabel y Fernando, reyes de Castilla y Aragón desde 1474, deciden renunciar, por el momento, a sus pretensiones políticas en el norte de África. Ambos soberanos todavía tendrán que esperar al fin de la Guerra de Granada (1481-1492) para volver a retomar lo que ya en esa época se conocía como la «cuestión africana». Desde finales del siglo XV, España y Portugal, las dos potencias europeas que cuentan con más y mejores medios para salir fuera de sus fronteras geográficas, mantienen una notoria pugna por la hegemonía mundial como se desprende en los debates generados antes y después de los Tratados de Tordesillas (1494) y Sintra (1508)<sup>8</sup>.

Ya se tratara de operaciones de conquista, de represalia o de simple y llano saqueo (*cabalgadas*), lo cierto es que desde finales del siglo XV los Reyes Católicos pusieron en marcha una beligerante política intervencionista en el norte de África<sup>9</sup>. A la campaña de Melilla (1497) cronológicamente le siguieron el desembarco de Diego Fernández de Córdoba en Mazalquivir y Cazaza (1505); la toma del propio cardenal Francisco Jiménez de Cisneros del Peñón de Vélez (1508) y Orán (1509); las caídas de Argel, Bujía y Trípoli (1510); y, finalmente, la incursión al archipiélago de Djerba, los Gelves de los textos españoles (1511), que estuvo dirigida personalmente por el primogénito de la Casa de Alba, don Fadrique Álvarez de Toledo.

Como no podía ser de otro modo, los responsables de aquellos territorios que aún no estaban bajo la órbita española decidieron apresurarse a mandar emisarios (mercaderes judíos, sobre todo) hasta la itinerante Corte hispana para sellar así una paz honrosa mediante el pago de *parias* o contribuciones económicas anuales. Sabemos, por ejemplo, que la conquista de Tremecén fue evitada por su rey enviando a la ciudad de Burgos «los dineros del tributo, veintidós caballos,

---

<sup>6</sup> Azucena PEDRAZ MARCOS, *Quimeras de África: la sociedad española de africanistas y colonialistas. El colonialismo español de finales del siglo XIX*, Ed. Polifemo, Madrid, 2000, p. 28. Sobre todo esto, Antonio RUMEU de ARMAS, *España en el África atlántica*, Instituto de Estudios Africanos, Madrid, 1956, 2 vols; Eduardo AZNAR VALLEJO, *La integración de las Islas Canarias en la Corona de Castilla (1478-1520)*, S.P. Universidad de La Laguna, La Laguna, 1983.

<sup>7</sup> Carlos MARTÍNEZ SHAW, «La política exterior de los Reyes Católicos», en Manuel A. GARCÍA PARODY (coord.), *La España de Isabel la Católica*, UNED, Córdoba, 2005, pp. 95-105 (en particular páginas 99-101).

<sup>8</sup> Ana M<sup>a</sup> BARRERO GARCÍA, «Las Juntas y las conversaciones castellano-portuguesas en los años posteriores al Tratado», en Luis A. RIBOT (ed.), *El Tratado de Tordesillas y su época*, Junta de Castilla y León, Valladolid, 1995, pp. 1365-1386.

<sup>9</sup> Beatriz ALONSO ACERO, *Cisneros y la conquista española del Norte de África: Cruzada, política y arte de la Guerra*, Ministerio de Defensa, Madrid, 2006.

un leoncillo manso [...], una gallina de oro vaciado [...], una doncella hermosa de sangre real y ciento y treinta cristianos cautivos»<sup>10</sup>.

Los éxitos militares alcanzados hasta la fecha en el norte de África llamaron poderosamente la atención del rey Fernando, quien, a la altura de 1510, expresó su firme deseo de dirigir en persona una cruzada hacia Túnez y Egipto<sup>11</sup>. Las Cortes castellanas, reunidas en Toledo, decidieron no aprobar este proyecto alegando una falta notoria de medios económicos. Según se deduce de los discursos pronunciados por los procuradores castellanos, los escasos recursos disponibles debían destinarse a reforzar la defensa del recién conquistado reino de Nápoles (1504). Sea como fuere, lo cierto es que con la caída de Egipto a manos de los turcos (1516) el Mediterráneo dejaba sus puertas abiertas al Imperio otomano<sup>12</sup>.

## 2. BERBERÍA EN EL IMPERIO CAROLINO

Durante los cuarenta años que el emperador Carlos V permaneció en el trono español (1516-1556) una serie de territorios repartidos entre la Europa central, septentrional y los «Nuevos Mundos» conocidos hasta la fecha absorbieron casi en exclusiva el total del contingente de tropas y dinero hispano, ocupando las plazas conquistadas en el norte de África un discreto segundo plano en su estrategia política imperial<sup>13</sup>. Así, los berberiscos pudieron recuperar, una tras otra, todas las poblaciones ocupadas con anterioridad por los *adelantados* al servicio de los Reyes Católicos. A la pérdida del Peñón de Argel (1529) le siguieron, con algo más de dos décadas de diferencia, la de Trípoli (1551) y la de Bugía (1554). Todos los esfuerzos de las tropas imperiales por controlar la expansión del Imperio otomano en el norte de África mediante la conquista del reino de Argel resultaron vanos (1519 y 1541). De este modo, en el particular haber de la política norteafricana del emperador sólo cabría apuntar la toma de La Goleta (1535), la creación de un reinos tapón en Túnez (1535) y el mantenimiento del enclave de Tremecén (1546)<sup>14</sup>, vigilado muy de cerca desde Orán y Mazalquivir por el conde de Alcaudete.

En palabras de Fernand Braudel, el Mediterráneo de mediados del siglo XVI se había convertido en un «lago turco» de la mano del sultán Solimán el Magnífico (1520-1566)<sup>15</sup>. El asedio a la ciudad de Orán (1556) o el saqueo a la ciudadela de

<sup>10</sup> Fray Prudencio de SANDOVAL, *Historia de la vida y hechos del emperador Carlos V*, Madrid, 1955, I, XLVI.

<sup>11</sup> José M<sup>a</sup> DOUSSINAGUE, *La política internacional de Fernando el Católico*, Espasa Calpe, Madrid, 1944.

<sup>12</sup> Andrew C. HESS, *The forgotten Frontier. A History of the Sixteenth-Century Ibero-African Frontier*, Chicago University Press, Chicago, 1978.

<sup>13</sup> Aurelio ESPINOSA, «The Grand Strategy of Charles V (1500-1558): Castile, War, and Dynastic Priority in the Mediterranean», *Journal of Early Modern History*, 9/3-4, (2005), pp. 239-283.

<sup>14</sup> Archivo General de Simancas (en adelante, AGS), Patronato Real, leg. 11/176.

<sup>15</sup> Fernand BRAUDEL, *El Mediterráneo y el Mundo mediterráneo en tiempos de Felipe II*, Fondo de Cultura Económica, México, 1976, 2 vols.

Menorca (1558), por citar sólo algunos de los ejemplos más conocidos por la historiografía especializada, no hacen más que confirmar el aserto señalado hace algún tiempo por el historiador francés. Aparte del Imperio turco en el este, el emperador empezaba a tener otro enemigo en el oeste: el reino de Marruecos, que tras la rápida anexión de Fez (1554) comenzaba una imparable carrera expansionista hasta los territorios hispano-africanos en el sur<sup>16</sup>.

### 3. EL REY «PRUDENTE» Y EL MUNDO TURCO-BERBERISCO

Las continuas irrupciones del corsario Dragut en las poblaciones del litoral hispano y el fortalecimiento de la dinastía saadí en la ciudad de Fez empujaron a la diplomacia de Felipe II (1556-1598) a negociar con los sultanes marroquíes la posibilidad de formar un frente común contra los turcos. No obstante, las fallidas expediciones que las tropas españolas llevaron a cabo en Mostaganem (1558) y en Djerba (1560) dejaron bien pronto patente las debilidades que aquejaban al flanco sur de la Monarquía Católica<sup>17</sup>.

Es sabido que el Tratado de Cateau-Cambrésis (1559) garantizó a Felipe II cierto periodo de paz con la cristianísima Francia, dejándole las manos libres para poder efectuar una serie de operaciones militares a lo largo y ancho de la geografía berberisca. Precisamente la recuperación del Peñón de Vélez de la Gomera (1564) se encuadra en esta particular tesitura. Desde estas fechas hasta mediados de la década de los ochenta, momento en el que otros compromisos políticos más urgentes reclaman la atención del monarca y de los principales miembros de los Consejos de Estado y Guerra, el Mediterráneo va a ser un escenario bélico prioritario y esencial en la estrategia política de Felipe II<sup>18</sup>. Entretanto, como fechas clave en la hoy desatendida historia mediterránea deben señalarse la ocupación de la isla de Malta por los turcos (1565), la sublevación morisca de las Alpujarras (1568-1570), la batalla de Lepanto (1571), la toma de Túnez y La Goleta (1574) y las negociaciones de paz entre la Monarquía hispánica y el Imperio otomano (1581-84).

Siguiendo muy de cerca las afirmaciones de Emilio Sola y José Francisco de la Peña, autores de una sólida monografía sobre los servicios secretos en tiempos de Felipe II, en el Mediterráneo de finales del siglo XVI se asiste a una «edad de oro» del espionaje cristiano y musulmán<sup>19</sup>. No vamos a ocuparnos de la red de espías

---

<sup>16</sup> Zakari DRAMANI-ISSIUF, *Les relations entre les Saadiens et l'empire Sonrhâi dans la seconde moitié du XVI<sup>e</sup> siècle*, Presses Universitaires de Caen, Caen, 1969.

<sup>17</sup> Andrew C. HESS, *The forgotten frontier...*, pp. 50-53.

<sup>18</sup> Geoffrey PARKER, *La Gran Estrategia de Felipe II*, Taurus, Madrid, 1998, pp. 301 y ss; Santiago FERNÁNDEZ CONTI, *Los Consejos de Estado y Guerra de la Monarquía Hispánica en tiempos de Felipe II, 1548-1598*, Junta de Castilla y León, Valladolid, 1998, pp. 101-184.

<sup>19</sup> Emilio SOLA y José Francisco de la PEÑA, *Cervantes y la Berbería. Cervantes, mundo turco-berberisco y servicios secretos en la época de Felipe II*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1995.

que operaban en el Mediterráneo occidental, pues de todo ello se trata en el mencionado libro. Lo que aquí nos interesa traer a colación son sólo algunas pinceladas ilustrativas sobre el servicio de espionaje hispano que había en el Mediterráneo oriental, más desatendido por los citados autores. Así, sabemos que la ciudad de Argel era el centro operativo de un nutrido grupo de espías al servicio del rey católico y capitaneados por un renegado calabrés que se llamaba Alí Bajá. De tan enigmático personaje también conocemos las razones de su captación por la Corona española: la promesa de concederle un importante título nobiliario y una renta anual que ascendería a los 10.000 escudos<sup>20</sup>. La red de espionaje de los Habsburgo españoles en los territorios del Imperio turco era mucho más numerosa y tupida que la de Argel, estando liderada por el genovés Juan María Renzo, el napolitano Juan Agostino Gilli, el veneciano Aurelio Santa Croce, mercader y rescatador de cautivos cristianos en la ciudad de Constantinopla, y el genovés Adam de Franchi<sup>21</sup>. Todos ellos llegaron a pagar elevados sueldos a más de un centenar de confidentes que se encargaban tanto de informar sobre los movimientos de la marina turca como de sabotear algunas de sus principales instalaciones navales y militares<sup>22</sup>.

Al mismo tiempo que se iba consolidando toda esta red de espionaje en el Mediterráneo oriental, no dejaron de infiltrarse otros agentes al servicio de la Monarquía Católica en las diferentes poblaciones del norte de África. Sus contactos con las autoridades de la zona llegaron a ser tan secretos que hasta una persona tan bien informada como el marqués de Mondéjar, virrey de Nápoles en estos delicados momentos, estuvo al punto de dar al traste con la operación de espionaje creada por la burocracia de Felipe II reteniendo e investigando a varios renegados que servían de correo entre Madrid, Argel y Constantinopla<sup>23</sup>.

Tras las negociaciones de paz entre la Monarquía hispánica y el Imperio turco (1581-1584), el reino de Marruecos comienza a tener un mayor peso específico en las relaciones diplomáticas hispano-musulmanas<sup>24</sup>. El padre Marín, reputado arabista y hombre de confianza de los monarcas de la dinastía saadí, es enviado por Felipe II a la ciudad de Fez para proponerle a Muley Maluco, el soberano marroquí en estos momentos, que rompiera relaciones diplomáticas con Turquía y Argel. Si Muley Maluco llevaba a cabo este gesto, la diplomacia filipina, que desde el exilio portugués protegía a Muley Nasr y Muley Xequé, los príncipes marroquíes opositores a su régimen, estaría dispuesta a ayudarlo a neutralizarlos<sup>25</sup>. Situado entre la espada y la pared, Muley Maluco intenta cercar a Felipe II con una imprevista alian-

<sup>20</sup> Archivo Histórico Nacional, Sección Nobleza (en adelante, SNAHN), Híjar, caja 18/5.

<sup>21</sup> SNAHN, Osuna, caja 419/170.

<sup>22</sup> AGS, Estado, leg. 1056.

<sup>23</sup> Emilio SOLA y J. Francisco de la PEÑA, *Cervantes y la Berbería...*, p. 99.

<sup>24</sup> Miguel Ángel BUNES IBARRA y Enrique GARCÍA HERNÁN, «La expedición de don Sebastián y el Mundo mediterráneo a finales del siglo XVI», *Hispania*, 187, (1994), pp. 447-465.

<sup>25</sup> Jaime OLIVER ASÍN, *Vida de don Felipe de África, príncipe de Fez y Marruecos (1566-1621)*, CSIC, Madrid, 1955.

za con Isabel I de Inglaterra (1558-1603), su más firme enemiga en estos momentos<sup>26</sup>. Obviamente, del desencuentro existente entre los soberanos de España y Marruecos se beneficia la Corona inglesa, que aprovecha para fundar la Compañía comercial de Levante en 1581; un año más tarde, en 1582, William Harborne será el primer embajador inglés ante el sultán turco, labor que desempeñará hasta su retirada en 1588<sup>27</sup>.

Inquietos los diplomáticos de Muley Maluco por la resistencia que alentaban los dos Muleys desde Portugal, le aconsejaron al monarca marroquí volver a restablecer relaciones diplomáticas con su homónimo español a principios de 1590. Encontrándose en Lisboa Cid Abdelquerim, antiguo alcaide de la ciudad de Arzila, Felipe II toma la decisión de enviar a los príncipes saadíes al interior de la Andalucía occidental: Muley Nasr iría a Utrera y Muley Xequé a Carmona. Felipe II, tras mucho reflexionar, les niega a ambos rehenes la salida de los puertos hispanos. Molestos unos y otros, los príncipes marroquíes deciden volver a Portugal, donde tenían mayor maniobrabilidad política. Sea como fuere, Muley Xequé falleció hacia 1594, cuando empezaba a dar claros signos de acercamiento a Muley Maluco. Muley Nasr, por su parte, obtuvo en 1596 un permiso de Felipe II para regresar a su tierra a conseguir el trono de Fez<sup>28</sup>. El soberano español ya tenía el campo libre para pasar a la ofensiva en Marruecos, pero las sempiternas guerras con Francia, Inglaterra y Holanda volvieron a reclamar sus mejores esfuerzos.

#### 4. LA POLÍTICA NORTEAFRICANA DE FELIPE III: UNA POLÍTICA CONDICIONADA POR EL PROBLEMA MORISCO

Es sabido que la política norteafricana de Felipe III (1598-1621) estuvo condicionada por el problema de la «quinta columna» morisca que había en suelo hispano<sup>29</sup>. En este sentido, la conquista hispana de la plaza de Larache (1610) y la toma del puerto de La Mamora (1614) deben explicarse como una respuesta defensiva y coyuntural a la omnipresente amenaza que suponían para los navíos hispanos y portugueses los corsarios berberiscos de la costa occidental marroquí<sup>30</sup>.

---

<sup>26</sup> Manuel FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, *Felipe II, Isabel de Inglaterra y Marruecos. Un intento de cerco a la Monarquía del rey católico*, CSIC, Madrid, 1951.

<sup>27</sup> Ralph DAVIS, «England and the Mediterranean, 1570-1670», en *Essays in the Economic and Social History of Tudor and Stuart England in Honour of R. H. Tawney*, Cambridge University Press, Cambridge, 1961, pp. 117-137.

<sup>28</sup> Beatriz ALONSO ACERO, *Sultanes de Berbería en tierras de la cristiandad. Exilio musulmán, conversión y asimilación en la Monarquía hispánica (siglos XVI-XVII)*, Bellaterra, Barcelona, 2006.

<sup>29</sup> Antonio DOMÍNGUEZ ORTIZ y Bernard VINCENT, *Historia de los moriscos. Vida y tragedia de una minoría*, Alianza, Madrid, 1984, pp. 157 y ss; Rafael BENÍTEZ SÁNCHEZ-BLANCO, *Heroicas decisiones. La Monarquía Católica y los moriscos valencianos*, Institución Alfonso el Magnánimo, Valencia, 2001, pp. 353 y ss.

<sup>30</sup> AGS, Estado, leg. 159; Miguel Ángel BUNES IBARRA y José Antonio MARTÍNEZ TORRES, «La República de Salé y el Duque de Medina Sidonia: notas sobre la política atlántica en el siglo XVII», en Antonio de BÉTHENCOURT MASSIEU (coord.), *Coloquio Internacional «Canarias y el Atlántico, 1580-1648»*, Casa de Colón, Las Palmas de Gran Canaria, 2001, pp. 187-203.

Al mismo tiempo que las relaciones entre los moriscos y los cristianos viejos empeoraban tanto que los primeros eran expulsados a las poblaciones de Turquía y el norte de África, en España empezaron a realizarse los preparativos para recibir a un emisario musulmán muy especial: Uruch Bech, embajador del sha de Persia Abbas I «el Grande» (1587-1629), a la sazón el gran enemigo del Imperio turco por el Este. Acompañado por dos misioneros portugueses, un aventurero inglés y un nutrido séquito de casi cuarenta personas, Uruch Bech invirtió tres años en llegar a suelo hispano (1599-1602). Agasajado por el zar, el emperador y el papa, toda su comitiva desembarcó en el puerto de Barcelona; desde allí viajaron hasta Zaragoza, Valladolid, Madrid, El Escorial, Toledo, Aranjuez y Lisboa. Nunca más volvería a Persia. El tiempo que estuvo en la Corte española fue recibido por aristócratas de la talla del duque de Feria y el valido duque de Lerma, siendo el propio Felipe III quien lo apadrinó en su bautizo al catolicismo con el sonoro nombre de Juan de Persia. Muchas de sus vivencias en España las hizo escribir en castellano, encargándose de airear la tradicional enemistad de su pueblo con los turcos<sup>31</sup>. Semejante línea argumental se desprende de las memorias de don García de Silva y Figueroa, erudito geógrafo y anticuario que por estas mismas fechas efectuó para la Monarquía hispánica una importante embajada diplomática y comercial en Persia (1614-1620)<sup>32</sup>. Sea como fuere, durante un tiempo más o menos largo, Persia y todo lo relativo al Oriente próximo estuvieron de moda en la Corte de los Austrias<sup>33</sup>.

Finalmente, no hay que olvidar que la reciente unión dinástica de Portugal a la Corona española (1580-1640) proporcionó un notable punto de inflexión en estas relaciones diplomáticas entre el Islam oriental y la Cristiandad. Portugal, con fuertes intereses coloniales en el Oriente próximo y lejano, va a ser, a diferencia de España, quien más se preocupe durante el reinado de Felipe III por los asuntos diplomático-comerciales de Asia y África. Ora contratando sedas y especias (pimienta, clavo y nuez moscada, sobre todo) por mediación de mercaderes judíos de ascendencia holandesa y alemana, ora buscando minas de oro en el interior del continente africano con el propósito de solventar la falta de líquido necesario para defender sus desabastecidas plazas en dicho continente<sup>34</sup>, lo cierto es que la diplomacia portuguesa tuvo una importante relevancia en este período<sup>35</sup>.

<sup>31</sup> *Relaciones de don Juan de Persia*, Valladolid, 1604 [de este libro hay edición en la Biblioteca Selecta de Clásicos Españoles, 1946].

<sup>32</sup> García de SILVA y FIGUEROA, *Comentarios de don... de la Embajada que de parte del Rey de España don Felipe III hizo al Rey Xa Abbas de Persia*, [edición de M. Serrano Sanz, Sociedad de Bibliófilos españoles, Madrid, 1903-1905].

<sup>33</sup> Incluso la nobleza española se interesó por tan exótica dinastía. Así lo demuestra el *Árbol genealógico de los reyes Persas desde Darío, III rey de Persia hasta Arjés, XII rey de Persia*, en manos del duque del Infantado (siglo XVII), véase SNAHN, Osuna, carpeta 89/5.

<sup>34</sup> AGS, Secretarías Provinciales, Portugal, Libro 1469, folios 90-94.

<sup>35</sup> Luis Felipe THOMAZ, *De Ceuta a Timor*, Difel, Lisboa, 1994; Rafael VALLADARES, *Castilla y Portugal en Asia (1580-1640). Declive imperial y adaptación*, Leuven University Press, Lovaina, 2001; Sanjay SUBRAHMANYAM, «Sobre comparaciones y conexiones: notas sobre el estudio de los imperios ibéricos de ultramar, 1490-1640», en Roger CHARTIER y Antonio FEROS (dirs.), *Europa, América y el Mundo. Tiempos históricos*, Marcial Pons, Madrid, 2006, pp. 239-262.

## 5. BERBERÍA EN LA POLÍTICA DEL «REY PLANETA»

Durante el reinado de Felipe IV (1621-1665) casi todo lo relativo a África acabó siendo desplazado de la política exterior de la Monarquía hispánica de resultados del prolongado enfrentamiento con Francia en la Guerra de los Treinta Años (1618-1648 y después 1648-1659). A semejanza de anteriores épocas, los miembros de los Consejos de Estado, Guerra, Indias y Portugal, los más sensibles a las cuestiones relativas al continente africano y asiático, continuaron dando fundamento a los «avisos», «novedades», «informes» y «memoriales» procedentes de todos los rincones de África, toda vez que la red de espionaje fundada en la segunda mitad del reinado de Felipe II se encontraba tan inoperante como escasos eran los recursos destinados a tal fin.

Al igual que pasara en tiempos del emperador Carlos V, la difícil situación dinástica que atravesaba el reino de Túnez en 1640 lo convertía en un reclamo perfecto para la diplomacia europea en general y española en particular. Gracias a los servicios prestados por un espía milanés, los miembros de los Consejos de Estado y Guerra hispanos sabían de la propuesta de un anónimo príncipe musulmán que intentaba tomar el poder en Túnez. Aunque es probable que este espía también intentara ganarse los favores de Francia, lo cierto es que fueron los burócratas españoles quienes mayor credibilidad y dinero dieron a sus noticias. Todos los pronósticos y expectativas fallaron, pues Hammuda bey Murad, el soberano de Túnez en estos momentos, pudo reinar hasta su muerte en 1666, llegando a importantes acuerdos comerciales con Holanda e Inglaterra primero (1662), y con Francia después (1665)<sup>36</sup>. A su muerte se abrió una sangrienta guerra civil que duró hasta 1675. Las principales potencias internacionales, incluida España, no se mantendrán al margen de esta lucha dinástica.

Hay que indicar, para concluir con en este punto, que el frente diplomático que abrió la Monarquía hispánica con el Imperio turco y otros territorios de Oriente gracias a su unión dinástica con la Corona portuguesa (1580-1640) acabó fructificando unos años después de producirse su disolución, concretamente en 1649, con la embajada llevada a cabo por Acmet Agà Mutifarach a la Corte de Madrid. Enviado por el sultán otomano Mehmet IV (1642-1693), la finalidad de esta comitiva no era otra que la de proponer una mayor continuidad a las treguas de paz firmada por ambas potencias rivales a finales del siglo XVI<sup>37</sup>.

## 6. CARLOS II Y LA PENURIA DE LOS PRESIDIOS NORTEAFRICANOS

Todos los informes y memoriales que se conservan en los archivos estatales españoles sobre los presidios norteafricanos durante el reinado de Carlos II (1668-

---

<sup>36</sup> Sadok BOUBAKER, *La régence de Tunis au XVII<sup>e</sup> siècle: ses relations commerciales avec les ports de l'Europe méditerranéenne*, Zeroma, Zaghouan, 1987.

<sup>37</sup> SNAHN, Osuna, caja 1980/24; SNAHN. Osuna, caja 1981/113 y cartas 16/16 .

1700) coinciden cuando señalan el lamentable estado en el que se encontraban tales enclaves. De la plaza de Orán, por ejemplo, sabemos que sufrió el acoso constante de los berberiscos durante todo este período, estando el 7 por 100 de su población cautiva en 1681<sup>38</sup>.

A pesar de este panorama tan desolador, los miembros de los Consejos de Estado y Guerra hispanos optaron por no intervenir ni negociar con las autoridades norteafricanas. Durante esta época los expertos en temas berberiscos se limitaron casi en exclusiva a constatar con «inquietud» los cada vez más estrechos acercamientos diplomáticos franco-argelinos (1689)<sup>39</sup>. Así las cosas, en 1690 el sultán marroquí Muley Ismail (1677-1712) decide entablar unilateralmente negociaciones con un enfermizo Carlos II enviando a su secretario personal, Abd al-Wahhab al-Gassani, oriundo de Fez y de ascendencia andalusí, para negociar el rescate de 500 cautivos musulmanes capturados por marinos mallorquines y confinados en distintos puntos de la geografía de las islas Baleares<sup>40</sup>.

Hasta donde nos es posible conocer, este importante embajador de Muley Ismail se fue en 1691 sin cumplir con las misiones que le habían sido encomendadas. Su visita a la Península Ibérica, no obstante, dejó un poso de más o menos fundado desasosiego entre los principales estadistas de la Monarquía hispánica, conscientes como eran de la indefensión de aquellos territorios en el siempre débil flanco meridional. El «memorial» elevado a Carlos II en el verano de ese mismo año por el gobernador del Consejo de Castilla, el arzobispo Vicente Ibáñez de la Riva, en el cual se propone «levantar unas milicias en el norte de África», refleja de manera descarnada el abandono del sistema de baluartes costeros en el arco que iba de Gibraltar a Cartagena:

«Haciendo mas lamentable abandonamiento el formidable poder del rey de Mequines, que oy es el mas poderoso del Africa, habiendo agregado a sus dominios los reynos de Fez y Marruecos, Tarudante y el Sus, hasta penetrar a lo más intimo de la Etiopia manteniendo oy en pie sus exercitos de soldados veteranos, enseñados a venger y conquistar provincias, habiendonos quitado los presidios que eran antemurallas de nuestra España, devriendose tambien rezelar que le excitaran a nuestra ruina las individuales notiçias que le lleva el embiado que tubo en esta Corte, que observo y escribió quanto pudo oir y entender de nuestra devilidad, desunion y falta de exercitos y armadas, abiertos los pueblos y çiudades por donde ha pasado, y las riquezas que vio en esta Corte y en las Casas Reales que se le manifestaran, pudiendose discurrir con grande fundamento que el motivo de enviarle su Rey fue mas para embiar el estado de esta Monarquia que para el tratado de un cange tan ventajosa haça sus intereses, y que le pudo efectuar desde su Corte, y se prueba con evidenzia ser justo y prudente este rezelo con los avisos que se han tenido en este ultimo correo de Flandes, por cartas del Residente del Señor Emperador en Olanda, escritas al conde Ludovizi, embaxador en esta Corte de Su Ma-

<sup>38</sup> AGS, Secretarías Generales, leg. 4.698.

<sup>39</sup> SNAHN, Osuna, cartas 222/26.

<sup>40</sup> Mariano ARRIBAS PALAU, «De nuevo sobre la embajada de al-Gassani (1690-1691)», *Al-qantara*, 6/1-2 (1985), pp. 199-290.

gestad Çesarea, en que le dize que se halla en La Haya un embiado del Rey de Mequines y Marruecos solizitando que los Olandeses le vendan a subido preçio piezas de artilleria, valas y bombas, polvora y otros instrumentos militares, y siendo çierto que este barbaro rey no tiene oy guerras con infieles, se infiere con evidencia que haze estas prebenziones con resluzion de emplear sus fuerzas contra España, comenzando por los pocos presidios que nos han quedado en Africa»<sup>41</sup>.

La notoria falta de entendimiento que existía en esta época entre la diplomacia española y la marroquí no impidió que Muley Ismail prosiguiese en su empeño de volver a tantear a Carlos II, enviándole para ello una real misiva escrita por un renegado inglés de su Corte en la que le proponía liberar a 750 cautivos españoles a cambio del abandono a su suerte de la plaza de Ceuta<sup>42</sup>. Tal vez fuese este nuevo contacto documentado en agosto de 1691 el que motivase la legación hispana que pormenoriza en una carta al duque de Pastrana el confidente andaluz Rodrigo de Gálvez Carrillo:

«Esta semana llegaron a esta ciudad los imbiados para Mequines que son un lengua natural de Avinibe [*sic*] llamado Dabel ofisial mayor de Estado hombre perito en la lengua mora y otras, va con el don Manuel de Lugo canonigo de Seuta con igual nombramiento para esta funsion. Se espera logran mucho fruto a favor de los cautivos de Larache que es a lo que van. Yo no e querido dar a Vuesa Excelencia bagas y así me estreche con el canonigo y me dise lleva carta de nuestro rey mui al paladar de la vanidad del barbaro sin que pueda quejarse del estiquela alguno. No lleva regalo de nuestro rey porque el no lo envio; pero un relixioso franciscano que va con ellos como agregado sin titulo alguno lleva un regalo de caballos, galgos, paño fino de Segobia todo de asta 3.000 pesos cantidad que Su Magestad le mando librar de limosna por lo que a trabajado y porque este relixioso capte la voluntad de aquel prinsipio y se quede alla para consuelo de cristianos. Llevan tambien los inviados orden de socorrer las necesidades de los nuestros sin limitasion alguna segun las que reconosieren. Ase hecho reconosimiento de los moros que ai en esta ciudad y su contorno con animo de aser trueque de que lleban rason los embiados esto es cuantos para saber fixamente ofresioe tanto de la carta del Rei si me la diere se la enviare a Vuesa Excelencia»<sup>43</sup>.

## 7. EL SIGLO XVIII: UN CAMBIO DE ORIENTACIÓN EN LA POLÍTICA NORTEAFRICANA

El advenimiento al trono español de la dinastía francesa de los Borbones supone un cambio de orientación en la política norteafricana, lo que no significa que durante esta época no existieran tensiones y conflictos entre ambas orillas rivales del Mediterráneo. En un principio, la llegada a Madrid de la diplomacia de Felipe V (1700-1746) conlleva una aproximación lábil pero paulatina entre el Marruecos de Muley Ismail y los nuevos representantes del gobierno hispano que

---

<sup>41</sup> SNAHN, Osuna, cartas 116/47.

<sup>42</sup> SNAHN, Torrelaguna, carpeta 526/1.

<sup>43</sup> SNAHN, Osuna, cartas 116/24 y 31/1-52.

lidera el duque de Anjou. Todo ello se deduce del contenido de las cartas entregadas por el embajador de Marruecos, Mahomed, al obispo de Cádiz. En tales misivas Muley Ismail expresa el «profundo dolor» que le había causado la muerte de Carlos II y declara su «sincera» intención de mantener unas mejores relaciones con el nuevo monarca, valiéndose para ello del duque de Pastrana<sup>44</sup>.

Nadie pone en duda que la extraordinaria personalidad despótica del soberano marroquí Muley Ismail le permitió centralizar el país y entablar relaciones diplomáticas en igual de condiciones con enemigos de la Corona española, como por ejemplo Inglaterra, instalada en Gibraltar desde el Tratado de Utrecht (1713). De resultas de todo ello, las relaciones hispano-marroquíes se congelaron hasta 1718, momento en que se constata un pequeño acercamiento entre ambas cancillerías. Tal vez para compensar, el monarca marroquí decidió dar permiso a unos franciscanos descalzos españoles para que fundaran un hospital de cautivos en la ciudad de Meknés. A la muerte de este monarca, en 1727, se abre un período de treinta años de anarquía en su país, lo que impide que existan con España unas relaciones pacíficas más o menos constantes<sup>45</sup>.

Hasta el reinado de Carlos III (1759-1788) las relaciones diplomáticas con el Magreb occidental no puede decirse que se normalizaran. A semejanza del monarca español, el rey de Marruecos, Sidi Muhammad ben Abd Allah (1757-1790), era un joven de espíritu ilustrado que estaba dispuesto a intentar superar rencores atávicos manteniendo contactos regulares con sus vecinos españoles. Tras un intenso intercambio epistolar entre ambos monarcas<sup>46</sup>, el camino fue allanado en el país magrebí por el misionero franciscano Bartolomé Girón, quien, en 1766, perfiló los términos de un futuro tratado de paz y regresó con un nutrido número de prisioneros españoles en señal de buena voluntad. Poco tiempo después, en noviembre del mismo año, el célebre marino Jorge Juan fue designado por Carlos III embajador plenipotenciario español ante la corte de Marruecos con la delicada misión de negociar una paz perpetua. Su marcha a ese país a principios de 1767 en compañía de cientos de esclavos marroquíes libertados por Carlos III<sup>47</sup> culminaron con la firma del Tratado de Paz bilateral de 28/30 de mayo de 1767 en el palacio real de Marrakech<sup>48</sup>, estipulándose la libertad de navegación, pesca y comercio, así como la abolición mutua de la esclavitud para sus vasallos. Este importante convenio también permitió a los mercados andaluces la importación de ganado vacuno y cereales magrebíes. Gracias a este clima favorable se establecieron un cónsul y dos vicecónsules españoles en los puertos de Larache, Tetuán y Tánger. Precisamente en este último viceconsulado estuvo de forma interina el abogado y

<sup>44</sup> SHAHN, Osuna, cartas 271/17.

<sup>45</sup> Biblioteca Nacional (en adelante, BNE), mss. 10513.

<sup>46</sup> Mariano ARRIBAS PALAU, «La correspondencia inicial entre Carlos III y el sultán de Marruecos (1765-1767)», *Al-qantara*, 2/1-2, (1981), pp. 145-166.

<sup>47</sup> Maximiliano BARRIO GOZALO, *Esclavos y cautivos. Conflicto entre la Cristiandad y el Islam en el siglo XVIII*, Junta de Castilla y León, Valladolid, 2006, pp. 316-319.

<sup>48</sup> BNE, mss. 10913, folios 46-139 y BNE, mss. 11041, folios 219-286.

negociante de Tarifa Manuel Borrajo desde 1770; unos años antes, en 1768, su socio y paisano Marcos Núñez, ya había suministrado reses marroquíes a los colonos instalados en las Nuevas Poblaciones de Sierra Morena<sup>49</sup>.

Tras algunos titubeos entre los ministros españoles a propósito de la conveniencia de conservar o no los presidios en el norte de África<sup>50</sup>, las hasta la fecha buenas relaciones hispano-marroquíes sufrieron un inesperado giro cuando, alentado por la toma de Mazagán a Portugal el 19 de septiembre de 1774, el sultán marroquí, aliándose con el dey de Argel, decidió declarar la guerra a España asediando la ciudad de Melilla (1774-1775)<sup>51</sup>. El rotundo fracaso de esta incursión y la no menos catastrófica represalia encomendada al ejército expedicionario de O'Reilly (1775)<sup>52</sup> persuadieron a ambos soberanos rivales a entablar negociaciones de paz, siendo clave para esta conciliación el misionero franciscano fray José Boltas<sup>53</sup>. Tras una primera apertura comercial, el convenio de Aranjuez fue firmado el 30 de enero de 1780 por Muhammad ibn Utman al-Miknasi, en tanto que un nuevo Tratado de Paz se concertaría el 25 de diciembre de 1780<sup>54</sup>. Miguel Casiri, catalogador de los manuscritos árabes de la Real Biblioteca de El Escorial, hizo de intérprete en las conversaciones particulares efectuadas entre Muhammad ibn Utman al-Miknasi, Carlos III y el conde de Floridablanca. El soberano español, que recibió 130 cautivos cristianos, correspondió con la entrega de una serie de valiosos libros «escritos en lengua árabe».

Aunque es cierto que todavía tardaron algunas décadas en concertarse todas estas declaraciones de amistad recíproca entre la Corona española y la marroquí, la hora de los Tratados de Paz y de Comercio había sonado: en 1767 y 1780 se firmaron con Marruecos; en 1782 con el Imperio otomano; en 1784 con Trípoli; en 1786 con Argelia; y, finalmente, en 1791 con Túnez<sup>55</sup>. Como es obvio, todas estas negociaciones de paz tenían como principal fin intensificar el tráfico comercial entre ambas riberas del Mediterráneo. Sirva de ejemplo que entre el segundo semestre de 1767 y finales de 1776 un mínimo de 594 embarcaciones, por lo general andaluzas de reducido porte, realizaron la travesía de ida y vuelta entre las costas hispanas y el norte de Marruecos. Años más tarde, entre 1797 y 1820, 164 naves otomanas entraron en Cádiz, 235 en Málaga, 185 en Barcelona, 35 en Alicante y 19 en Mahón. Según Eloy Martín Corrales, el momento en el que quiebra definitivamente todo este tráfico comercial hay que situarlo a principios de la década de los

---

<sup>49</sup> Sobre todo esto, Jesús PRADELLES NADAL, *Diplomacia y comercio. La expansión consular española en el siglo XVIII*, Universidad de Alicante, Alicante, 1992.

<sup>50</sup> BNE, mss. 11376.

<sup>51</sup> SNAHN, Priego, caja 16/57.

<sup>52</sup> Enrique VILLALBA PÉREZ, «O'Reilly y la expedición de Argel (1775). Sátiras para un fracaso», en Agustín GUIMERÁ y Víctor PERALTA, *El Equilibrio de los Imperios: de Utrecht a Trafalgar*, Fundación de Historia Moderna, Madrid, 2005, pp. 565-586.

<sup>53</sup> Esta medida aperturista tuvo su correlación con la firma de un tratado con Génova sobre rescate de cautivos (1777) y el envío de un embajador a esa república italiana en 1782.

<sup>54</sup> SNAHN, Torrelaguna, caja 21/11.

<sup>55</sup> BNE, AfrGF/6522.

treinta del siglo XIX. La prohibición española de 1820 de importar trigo extranjero supuso la desaparición de la base material de los intercambios musulmanes vigentes hasta el momento y el comienzo de «una nueva fase del comercio mantenido por España con los países del África del norte y con el vacilante Imperio otomano»<sup>56</sup>.

---

<sup>56</sup> Eloy MARTÍN CORRALES, *Comercio de Cataluña con el Mediterráneo musulmán (siglos XVI-XVIII). El comercio con los «enemigos de la fe»*, Bellaterra, Barcelona, 2001, pp. 75-77.